

**MUY ILUSTRE SR. D. JUAN RAMÍREZ VALIDO (1926-2021)**

El día 14 de enero de 2021 abandonó este mundo un viejo suscriptor y colaborador de *Verbo*. Hacía tiempo que no publicaba nada, quizás por las múltiples y graves ocupaciones diocesanas que le encomendaban los sucesivos episcopados, que él aceptaba solícito, consumiéndole todo su tiempo. No obstante me consta que seguía puntualmente el rumbo de nuestra revista con mucha satisfacción, difundiendo y citando, privada y públicamente, su contenido con mucha frecuencia.

Había nacido el 17 de abril de 1926 entre los pagos sureños de Marzagán y Jinamar de la isla Gran Canaria en el seno de una muy modesta familia cristiana de ocho hermanos (cinco varones y tres hembras), formada por Gabriel Ramírez y Dionisia Valido. Su padre era obrero empaquetador en un gran almacén de tomates para la exportación.

El niño aprendió con rápido éxito las primeras letras y las cuatro reglas en la Escuela Pública durante cuatro años, pero aprovechaba su tiempo libre en el mismo almacén que su padre, clavando tablillas de madera en las cajas de tomates, con el fin de engrosar con unas pocas pesetillas la menguada economía familiar. Eran los aciagos tiempos de la II República que presagiaban graves consecuencias, días en que hasta los niños perspicaces podían observar la evolución de los trágicos hechos vandálicos, tanto de los gobiernos del Frente Popular, como de la reacción vesánica inmediata, que tuvo lugar también hasta en los últimos rincones de las Islas, a pesar de que aquí no hubo guerra formal, ya que Canarias tuvo la suerte de ser incorporada desde el principio al Movimiento Nacional. Sin embargo, contaba don Juan que a partir de entonces empezó a ver sotanas y a distinguir los curas de los seglares. Fue ese intrigante descubrimiento inolvidable lo que lo impulsó a establecer un contacto asiduo con el párroco de Jinamar, don Andrés de la Nuez, acerca de la vida sacerdotal. Y como resultado, empezó su admiración por el sacerdocio, que fue incrementándose con el paso de la niñez a la juventud.

En 1938, con 17 años se decide con firmeza a entrar en el Seminario Diocesano. Realiza el examen de ingreso con resultados más que brillantes. Los que conocimos de cerca el largo obispado

del santo y sabio Monseñor Antonio Pildain y Zapiain (que a la sazón llevaba dos años en la Diócesis, nombrado directamente, sin otros trámites previos, por S.S. Pío XI) no ignoramos el delicado pero riguroso y constante control personalísimo, en largas conversaciones, que realizaba a los seminaristas desde su ingreso; todos los admitidos podían sentirse seguros de su recta vocación.

El 29 de enero de 1938 comenzó su primer curso de Filosofía, Humanidades y Latines en el Seminario Diocesano. Don Juan fue uno de los primeros seminaristas de la restauración, y, también muy prontamente uno de los predilectos del obispo Pildain, por su excepcional inteligencia y aplicación; hasta el punto de que antes de terminar el ciclo de Filosofía, el Obispo comunicó al padre su intención de que cursara el ciclo de Teología en Roma. Y conector de la imposibilidad de la familia para afrontar ese gasto, le añadió, (suplicándole el secreto) que no tenía que preocuparse por nada, porque él personalmente –y no la Diócesis– lo cubriría todo, pasajes, estancia, libros, etc. Así lo valoraba...

Llegado el momento, al observar los peligrosos riesgos tambaleantes que sufría la Italia de Mussolini al comienzo de la II Guerra Mundial, el Obispo cambió el destino de Roma por el de la Pontificia Universidad de Comillas, y allá mandó a don Juan encomendado a la dirección espiritual del sabio P. García Nieto, y allí brilló como el discípulo más destacado de sus cursos hasta licenciarse, admirado y agasajado siempre por el claustro de profesores. No en vano oímos en una ocasión a Juan Vallet de Goytisoló afirmar que don Juan era una de las cabezas más ordenadas entre los muchos teólogos que conocía.

Antes de cumplir los 26 años volvió a Canarias. Fue ordenado sacerdote el 20 de septiembre de 1952 y fue nombrado profesor de Filosofía y Teología del Seminario Diocesano y Rector del Seminario de Menores. También fue profesor en Las Palmas del Instituto de 2ª Enseñanza Tomás Morales y del Colegio Teresiano, a la vez que capellán. Casi cuarenta años dedicado al Magisterio. En 1957, el obispo Pildain lo hizo canónigo maestrescuela del Cabillo Catedral de Canarias.

Por fin le llegó la jubilación el 30 de junio de 1991, pero eso no supuso que dejara de asistir diariamente a las oficinas del Palacio Episcopal para realizar las delicadas funciones de alta responsabilidad que se le encomendaban. Su labor siempre estuvo impregnada sin fisuras heterodoxas de ningún tipo. Era de los pocos hombres que espontáneamente siempre tienen presente las diferencias

entre Fe y fanatismo, Esperanza e ilusión, Caridad y filantropía, tolerancia y transigencia, humildad y ñoñez; en resumen: virtud y pecado (por acción u omisión). Por encima de aquel cuerpo alto y atlético brillaba una inteligencia muy cultivada, de discernimiento fuera de lo común. De aquella naturaleza siempre noble, amable y sonriente, emanaba un alma de relumbrante pureza.

El 28 de enero de 1999, S.S. Juan Pablo II le otorgó el título de Prelado Honorario.

No me resisto a relatar una anécdota: El 7 de octubre del año 2000 contrajo matrimonio mi hija Leonor en la ermita de Nuestra Señora de Las Nieves de Agaete (mi pueblo). Don Juan había accedido previamente a officiar la Santa Misa del Sacramento. Al llegar el padrino al sitio con la novia y verlo adornado con sus atributos prelativos, él advirtió mi sorpresa, e inmediatamente me dijo: «Pepín, suponiendo que tú asistirías de frac, ¿cómo iba yo a hacerme de menos viniendo con una simple sotana? Conste que es la segunda vez que me revisto así». Y el padrino le contestó: «Gracias. Desde luego así me gusta más, pero tenga en cuenta que tiene que confesarse, porque aunque sea sin querer haciendo ostentación de su humildad, enaltece mis vanidades».

Me imagino que hace unos meses, revestido del mismo tenor, en virtud de sus merecimientos, habrá sido recibido en la Gloria de Dios.

José DE ARMAS DÍAZ